

Misión Joven

Revista de Pastoral Juvenil



Separata

MJ 495 (Abril 2018)

estudios

Páginas 19-28

Y se levantó y cruzó el umbral
de su puerta. Claves para
una pastoral juvenil en salida

SILVIA MARTÍNEZ CANO | JOSÉ MARÍA PÉREZ-SOBA DÍEZ DEL CORRAL

Y se levantó y cruzó el umbral de su puerta. Claves para una pastoral juvenil en salida

SILVIA MARTÍNEZ CANO

Doctora en Educación, Licenciada en Teología Fundamental. Instituto Superior de Pastoral (UPSA).

JOSÉ MARÍA PÉREZ-SOBA DÍEZ DEL CORRAL

Doctor en Historia, Licenciado en Teología Fundamental. Instituto Superior de Pastoral (UPSA).

Síntesis del artículo

Los autores explican qué es la pastoral juvenil en salida misionera (reconocer-escuchar, interpretar y elegir), a partir de las afirmaciones del papa Francisco en *Evangelii gaudium* y del modelo que es María de Nazaret. Proponen partir de escuchar y acompañar a los/as jóvenes para llegar a la formación de comunidades fraternas.

#PALABRAS CLAVE: Pastoral misionera, pastoral juvenil, Papa Francisco, *Evangelii gaudium*, jóvenes, Iglesia, comunidad, acompañamiento.

Abstract

The authors explain what is the youth ministry in missionary outreach (recognize-listen, interpret and choose), from the affirmations of Pope Francis in *Evangelii gaudium* and the model that is Mary of Nazareth. They propose to start from listening and accompanying the young people to reach the formation of fraternal communities.

#KEYWORDS: Missionary pastoral, youth ministry, Pope Francis, *Evangelii Gaudium*, youth, Church, community, accompaniment.

*«En aquellos días, levantándose María, fue de prisa a la montaña, a una ciudad de Judá y entró en casa de Zacarías, y saludó a Isabel»
(Lc 1,39-40)*

1 Introducción: en aquellos días, María se levantó

Cuando el papa Francisco recuerda con fuerza profética que la Iglesia es Iglesia 'en salida', su voz suena en sintonía con la pastoral juvenil; por lo menos, si se ha toma-

do en serio. Si uno trabaja de verdad codo a codo con los jóvenes (no 'sobre' los jóvenes, sino 'con' ellos) lo primero que descubre es que sus tiempos y procesos son flexibles y no caben bien en marcos cerrados y definidos. Son tiempos muy diferentes a los de los adultos. Los jóvenes se organizan y evolucionan

a su ritmo, por lo que te obligan a salir de ti, a 'salir de tu tierra' adulta, de la eficacia y de la hiper-planificación, para aceptar entrar en el juego del encuentro personal. Por eso, la misión con jóvenes implica, si quieres, parafraseando al papa, 'oler a joven', estar dispuesto a estar en salida.

Y esa verdad tiene una auténtica densidad teológica. Es la actitud de María en el relato de su vocación (cf. Lc 1,26-56). María se sitúa ante Dios aceptando participar en el acontecimiento de la Encarnación, como parte responsable y activa de esta propuesta. Desde luego no era su tiempo, ni su plan... solo puede aceptar la propuesta de Dios, saliendo de sí, rompiendo el plan y sustituyéndolo por el de Dios.

Si somos capaces de estar en salida, no por afán de aventura, o por moda, sino por ellos, por la vida plena del que es ahora joven, brota del corazón 'estar en salida'. María se pone en pie y sale del lugar que habita para ponerse en camino hacia otros. La misión en ella provoca un deseo de encuentro, una necesidad de tomar la iniciativa hacia el mundo, un desvivirse con los demás. Y este deseo se concreta en una mirada nueva, una forma de observar el mundo con ojos críticos, que son los ojos esperanzados de la fe. Salir provoca un cambio de mirada: supone un diálogo con el mundo, un preguntar más allá de lo que conozco, de lo que doy por hecho o lo que juzgo. El diálogo con el mundo supone, además, un dejarse interpelar, que suscite cambios en nuestro interior. Salir implica una transformación interior que genera una toma de postura con el mundo y un compromiso personal y vital desde la afirmación de que Dios actúa en nosotros haciendo "cosas grandes" (Lc 1,49).

La misión con jóvenes es una misión mariana: si te la tomas en serio, si te dejas 'tocar' por los jóvenes, provoca una mirada nueva, un diálogo esperanzado con el otro y un compromiso con él, en el que Dios hace cosas grandes.

2 Contextualizar en la reforma misionera de Francisco: María fue deprimida a la montaña

El movimiento de salida que nos propone Francisco y que hemos esbozado antes, en la realidad de los jóvenes supone una metodología concreta. Francisco lo concreta en la *Evangelii gaudium* 51: "reconocer, interpretar y elegir". Es decir, asumir un método de trabajo propiamente pastoral. Entremos a profundizar estos aspectos:

2.1 Salir es escuchar sin prejuicios

En el documento de preparación del sínodo de jóvenes, se menciona la necesidad de ayudar a los jóvenes a reconocer en la vida a lo que han sido llamados a ser (punto 1), en un tránsito cultural con muchas incertidumbre e inquietudes. Los jóvenes no solo viven un tránsito de cambios vitales que debe ser acompañado, sino que también expresan la dificultad de este discernimiento hoy, aquí, en esta cultura que, por definición, siempre está en movimiento.

Primero, "reconocer", acercarnos a la realidad concreta de los jóvenes con los que trabajamos, diseñando espacios y tiempos donde contactar con ellos, donde sintonizar con sus demandas y su subcultura, sus necesidades y sus ritmos... donde no sólo escucho sus palabras, sino sus corazones. Un ejemplo: hace poco, en un encuentro con una persona de 61 años, compartía su proceso cristiano personal y comentaba cómo, pese a estar alejado durante mucho tiempo, había algo que le había mantenido 'picando' sin romper del todo con lo religioso: la experiencia de Dios vivida cuando una persona, pese a no ser 'de los buenos', apostó por él, le acompañó, le hizo sentir que él, tal cual era, merecía la pena... allí encontró que Dios le amaba así... hace más de 40 años.

“Reconocer la vida” es la primera clave para poder poner en práctica la ‘conversión misionera’ para la Iglesia (y la pastoral juvenil). Conversión significa vuelta o retorno a Dios, a Cristo, al Evangelio. Una vuelta hacia los márgenes del camino, donde todos, sin distinción de buenos o malos podemos compartir nuestros progresos, dificultades y deseos en presencia de Dios. Se trata de una Iglesia en estado permanente de conversión y, justo por ello, en estado permanente de misión hacia las periferias. Ello nos lleva a una práctica en la “que todas las comunidades procuren poner los medios necesarios para avanzar en el camino de la conversión pastoral y misionera, que no puede dejar las cosas como están” (EG 25).

Para poder reconocer a los y las jóvenes debemos ir “deprisa a la escucha”. La escucha es el primer paso hacia la conversión, una escucha que no discrimina entre mensajes, sino que se sitúa en una apertura sin esperar unas situaciones u otras. En muchas ocasiones nuestra escucha es escucha con filtros, porque elige qué escuchar y qué no. Con los jóvenes esto no funciona. O se escucha todo, toda su vida, sus dificultades, sus dispersiones, sus deseos, sus frustraciones, sus errores... sin enjuiciar, o estamos haciendo un esfuerzo inútil. Centrarnos en la primera fase de la propuesta de Francisco, esto es, “reconocer” al otro (EG 51), significa que busco ver al joven de forma nítida, sin valorar sus actuaciones desde mi mundo adulto, sino reconocer sus ideas y vivencias desde la ternura, conectando el amor de Dios con su realidad.

La conversión pastoral–misionera nace de sentir la soledad, la dispersión, la confusión de muchos jóvenes, no como algo que haya que corregir o enderezar (que es una actitud bastante paternalista), sino como oportunidad de acompañar en el camino, de acceder a los márgenes de su vida y animar a encender la llama de la esperanza que empodera su coti-

dianidad para construirse un futuro mejor. Esto implica una conversión personal, que, desde un corazón en el Dios de Jesús, capta que no se puede seguir aceptando miles de situaciones de jóvenes que viven sin futuro y sin rumbo y obliga a salir a su encuentro. En ellos y ellas, en sus vidas, encontramos de nuevo a Dios. Producimos, así, una circularidad de la vida eclesial: la compasión de un corazón en Dios me saca de mí y, en el encuentro con el otro, tal como es, vuelvo a encontrar a Dios mismo. Y por otro lado, podemos producir en el o la joven una circularidad inversa: me siento aceptado, reconocido y escuchado, y eso me hace salir de mí para encontrarme con el otro, y conocer sus motivaciones. En ellas el joven encuentra a Dios y se enfrenta a la posibilidad de llevarlo y alojarlo en su propia vida.

Hablamos entonces de una escucha en movimiento, que me sitúa ante el joven en una dinámica cambiante, en movimiento, siempre alerta, siempre en juego, lúdica, fresca, curiosa, en búsqueda.

2.2 *Salir es acoger eso que se escucha*

Si salimos y escuchamos, tenemos que recibir, sin duda, que los jóvenes (como nosotros mismos) no son perfectos ni muy ‘buenos’. ¿Entonces qué hacemos? Lo que hizo Jesús con Zaqueo.

Jesús entra en Jericó. Hay mucha expectación y es observado por un público nuevo. Zaqueo es un pecador público, un corrupto (de ahí el devolver tres veces lo robado, que es la pena del Derecho romano para los corruptos), a vista de todos (de ahí la instancia en el árbol, no sólo lo ve Jesús, lo ven todos). Es la ocasión perfecta para que Jesús quede bien, y con razón. Como nosotros cuando nos encontramos con jóvenes no tan buenos... Echarles la bronca, recordarles la incoherencia de sus vidas, para que aprendan a ser mejores. Pues no. No hay recriminaciones. Hay misericor-

dia, porque Zaqueo también es un hijo de Abrahán. Jesús le dice: voy a ir a tu casa, voy a entrar en tu entorno, en sus ocios y costumbres, en tus manías y tus actividades, en tus luces y en tus sombras. Y si otros murmuran, que lo hagan. Y en esa acogida, Zaqueo cambia de vida. Es mejor el Reino de la mesa compartida que la vida de corrupto. Y lo reconoce y cambia de vida.

La adolescencia y juventud son, por definición, momentos de tránsito, de aprendizaje. Es imposible pretender que ya sean maduros cuando su cuerpo físico y mental está sufriendo cambios. Los jóvenes son, por definición, tendencia, ambigüedad, deseo, ilusión que asentar y madurar. Hoy esta etapa de la vida se vive con especial intensidad. Son y somos hijos de una sociedad donde estás obligado a elegir constantemente¹, donde siempre estás a prueba: qué estudias, en qué trabajas, qué compañía de móvil, qué forma de divertirte, con quién andas, qué quieres, cómo lo quieres... y la presión constante de 'yo elegí mejor', '¿cómo no has probado?', 'deberías', 'pues yo'... Somos frecuentemente una sociedad neurótica, pendiente de los juicios comparativos y de los estándares de éxito. En una sociedad exigente, el listón está muy alto. Exigimos especialistas en todo y

¹ A. Gesché, *La paradoja de la fe*, Sígueme, Salamanca, 2013, pp. 142-143

pensadores en nada. Los estudios son cada vez más sofisticados y complejos; el trabajo, más inestable y mal remunerado... y las propuestas de vida que proliferan implican sacrificios tremendos al 'ídolo' de la imagen: sin talla 38 no puedes ser una verdadera mujer de 'éxito'². Sin un aspecto varonil sofisticado no puedes ser el mejor entre los amigos. Los jóvenes perciben que todas las exigencias que les rodean no les permiten hacer un espacio en sus vidas... Pedir de entrada un compromiso, estable y duradero, cuando se les pide estar en constante lucha para salir adelante... asusta. La inestabilidad, la fugacidad se puede convertir en una forma de vida más acorde con la que está cayendo. Toda esta presión es la que sufren los jóvenes³. La inestabilidad psicológica propia de la juventud se ve multiplicada, convirtiéndose, incluso, en pauta de vida adulta (*Woody Allen dixit y Bauman suscripsit*). Es el modelo de los *homelessness*, es decir, aquellos que no tendrán hogar (que no techo), carecerán de raíces, de estabilidad desde donde dar fruto.

Por eso, los jóvenes, en una sociedad donde la memoria es muy débil (Hervieu-Léger), buscan, eligen, cambian su elección y se encuentran desprovistos, muchas veces, de herramientas para construir un proyecto vital enraizado en su interioridad. Y, sin estas herramientas (tiempos, capacidad de silencio, discernimiento...) y obligados a elegir, el recurso más a mano es el "ensayo-error": consumir experiencias, que puede conducir a conseguir la estabilidad de la persona, a convertir ese mismo consumo en la opción vital o incluso a destruirles en el camino...

Muchas veces, al acompañarlos, los agentes de pastoral tenemos la sensación de que,

² F. Mernissi, *El harén de occidente*, Espasa, Madrid 2001.

³ D. Reig y L. F. Vílchez, *Los jóvenes en la era de la hiperconectividad: Tendencias, claves y miradas*, Fundación Telefónica, Madrid 2013, pp. 64-77.



aunque son personas con múltiples actividades y muy capaces a la hora de trabajar, en su interior se sienten desubicados, envueltos en la vorágine de la actividad pero sin encontrar su lugar en el mundo.

Jesús nos da la clave para afrontar esta situación: interpreta la realidad de Zaqueo desde la misericordia. Es la propuesta de Francisco, “interpretar” (EG 51) no desde el juicio, sino desde la ternura activa. Aceptar la diversidad, la diferencia del joven. Dedicar tiempo real y acoger al que es más pasivo y espera que decidan por él. Dedicar tiempo a los vitalistas que no paran de hacer cosas, algunas de ellas nada recomendables. Perder tiempo (¡y mucho!) con el que no se decide nunca y picotea aquí y allá, o no sabe dónde buscar y se debate en miles de dudas. Quedar con el que necesita que alguien le escuche y hablar de sí mismo incansablemente. También con el que tiene miedo a todo y vive en un mundo de normas y obligaciones que le dan seguridad. Cansarse y reírse con ellos y que observen cómo nuestro gasto de tiempo no tiene la intención de hacer de ellos un modelo de perfección, sino que busca que se sientan amados y acompañados. Aceptar sus reuniones, sus salidas y entradas a horas intempestivas, sus vacilaciones y sus compromisos, frecuentemente no cumplidos... Todo ello es mesa compartida⁴. La de Jesús.

La mesa compartida, pese a las murmuraciones de la gente, suele tener un efecto mágico en algunos de ellos. De manera inesperada te incorporan a su familia, a los amigos (que no a los conocidos). Aquí entra en juego la segunda clave del “reconocimiento”, ejercer el difícil arte de acompañar (y no dirigir) personas. El joven o adolescente sólo deja que acompañe su camino quien considera suyo,

quien siente que le quiere, que le acepta. La referencia de adultos que viven su vida integrada, que muestran que el compromiso con la transformación social es fuente de alegría y de libertad, de adultos que tienen empatía con él o ella, que comprenden y comparten su “angustia” con él, es insustituible. No es tanto hablar mucho, o llenar el espacio de palabras como de relaciones, de ‘estar’ y ‘estar junto a’ solo porque ellos son ellos.

3 Vivir en salida con los jóvenes: María cruzó el umbral

María no solo cruzó su umbral, abandonando sus planes y abriéndose a la incertidumbre de lo que se iba a encontrar, sino que se atrevió a entrar en el umbral del otro, de Isabel y Zacarías, sin saber cómo se aceptaría su presencia y su propia vida (en aquella época no había móviles para avisar que uno iba). Decimos frecuentemente (los autores de este artículo, que tienen mucha vida en común), como un juego de palabras que nos divierte, que “el que no arriesga no ama, y el que ama siempre arriesga”. El riesgo a entrar en el umbral de los jóvenes solo puede asumirse con amor, con un amor que no tiene pretensiones, ni de cambiar al otro ni de imponer lo correcto o lo adecuado, sino que sólo busca hacer presencia sencilla y discreta que transforma el corazón.

Nos adentramos, por tanto, en la tercera parte de esta metodología pastoral: “elegirles” a ellos (EG 51). Como dice Francisco, en este proceso priman los procesos y los tiempos (EG 222-225) y no los lugares o las cantidades...

3.1 Tiempo para optar

Si en nuestra sociedad la clave es la elección personal, debemos apostar inexorablemente por trabajar y educar en la capacidad de elección. Tomar conciencia de mí mismo, tomar conciencia de lo que sucede en mí, de lo que

⁴ S. Martínez Cano, “La Eucaristía, la mesa abierta”, en M^a J. Arana, *Cuando los sacramentos se hacen vida*, Desclée de Brouwer, Bilbao 2008, pp. 121-161, aquí 152-161.

me llena de verdad y lo que es fantástico pero tiene un precio alto a pagar. Aprender las consecuencias y ser capaz de ver lo que merece la pena y lo que no.

Los jóvenes tienen una memoria histórica limitada por la edad. Una de las cosas que muchos acompañantes trabajamos con jóvenes universitarios y jóvenes-adultos es el desarrollo de una capacidad crítica que supere el estado de 'opinión' subjetiva y emocional, estilo *Tómbola*, para aprender a tomarse tiempo, a sopesar, a partir del interior y no del ambiente o las emociones que me habitan en el momento concreto.

Y no es fácil cuando nos encontramos en una sociedad de la información en la que accedemos con absoluta inmediatez a un torrente constante de datos, de los cuales no siempre te puedes fiar, pues sabes que las *fake news* acechan (y no digamos las 'posverdades').

Tal cantidad de datos nos puede impedir la reflexión; de hecho, puede impedir la vida espiritual misma. Pablo D'Ors insiste en que el exceso de información ahoga el silencio necesario para ella⁵. De hecho, abrumada la persona, brota el sentimiento de inteligibilidad de la realidad y, por tanto, de impotencia frente a ella. Y a esa impotencia se responde con rabia y desconfianza hacia todo y todos o dejándose llevar, envuelto en una resignación melancólica que, además, se sabe superficial.

Sin embargo, cuando el o la joven consigue parar, abrir su ventana, organizarse, tomar sus opciones en paz y conectado con su profundidad, empieza a encontrar su identidad. Porque, si hay tiempo para escuchar, para mirar, para ponderar, es muy posible que, si evitamos la tentación del 'egocentrismo neogonóstico'⁶, descubramos que

*"Yo no soy todo, no soy la medida de todas las cosas; no soy el dueño de mi ser ni mi origen. No puedo alcanzar con mis propias fuerzas lo que anhela mi ser. Llevo en mí un misterio mayor que yo mismo. Pero confío. Acepto ser desde esa Realidad que me hace ser. Reconozco mi finitud. No soy el centro. Mi origen y mi destino están en ese Dios que me da el ser. El es el fundamento sobre el que descansa todo"*⁷.

3.2 Tiempo de experiencia interiorizada

Por ello, es importante, con toda humildad, proponer la propia experiencia de vida (¿acaso tenemos otra?) como opción. Cuidado, la propia experiencia, no un largo apartado de cosas que 'hay que' creer, hay que hacer y hay que decir, porque si no, no te voy a querer. Todo cristiano evangeliza desde, y solo desde, el amor de Dios que ha vivido: "Todo cristiano es misionero en la medida en que se ha encontrado con el amor de Dios en Cristo Jesús; ya no decimos que somos 'discípulos' y 'misioneros', sino que somos siempre «discípulos misioneros»" (EG 120). En definitiva tenemos la responsabilidad de amar, y amar mucho, para que el amor de Dios en nosotros sea ejemplo de vida presente y futura.

Estamos llamados a compartir ese amor con los jóvenes. Y ese compartir, si en verdad nuestra experiencia es experiencia de Dios, es un compartir que se convierte en llamada. Como dice Amadeo Cencini:

"Llamada es una invitación que interpela. En la llamada, la orden se desvanece y la propuesta se intensifica hasta convertirse en llamada. Hacer una llamada significa hacerlo por el nombre, atraer la atención, invitar a acercarse, motivar el contacto, poner en cuestión el mundo interno de la persona. Con la

⁵ P. D'Ors, *Contra la juventud*, Galaxia Gutenberg, Barcelona 2015.

⁶ L. Duch, *Un extraño en nuestra casa*, Herder, Barcelona 2007.

⁷ Carta Pastoral de los Obispos de Navarra y del País Vasco, *Al servicio de una fe más viva*, San Sebastián 1997, n. 39. Cita autobiográfica transcrita en la carta pastoral.

*pasión típica de quien está convencido de la bondad, la belleza y la verdad del mensaje, y logra transmitirlo con pasión. El creyente reconoce en la modalidad de la llamada el estilo del Espíritu Santo que actúa en la libertad y para favorecer la libertad de la conciencia creyente*⁸.

Eso implica tiempos de compartir, en paz, de vivir en silencio donde brota Dios y, sobre todo, brota el Dios de Jesucristo. ¿Cuándo ven al crucificado vivo y vivo para siempre? Al partir el pan, al compartir el vino, cuando el grupo de mujeres lloran juntos al asesinado por el Sumo Sacerdote, cuando 'dos o más' estén reunidos en su nombre... Es decir, cuando viven la experiencia de la fraternidad, de la acogida sincera, gratuita del otro... y ahí reconocen a Dios, a aquel que sienten que 'les ha visitado' en el corazón⁹.

Y para eso no hay que ser perfecto. No vale ser perfecto, no ayuda pensar que es necesario ser perfectos para que así el joven tenga un modelo. No es verdad tampoco. Él y ella saben perfectamente que eso no es verdad. La fraternidad no es la admiración por lo perfecto, es el amor de la fragilidad compartida.

Como traducía genialmente José Luis Cortés en uno de sus dibujos, 'del barro nacen las flores, de los diamantes, nada'. Ni en las primeras testigos, ni en Pedro, ni en otros discípulos y discípulas se midió su perfección en el seguimiento.

Vivir una experiencia no es sólo actuarla, sino que implica 'digerirla'. Es decir, ponerle nombre (no es sólo un subidón de adrenalina, no es sólo amistad), reconocer en ella la presencia del Misterio de amor que sostiene la realidad entera. Es descubrir y reconocer la fuerza y frescura que imprime en mi vida... Necesita tiempo, silencio, compartir, comunicación profunda... necesita reposo acompañado. Y la infinita libertad de optar por otras cosas.

Porque el riesgo es consumir experiencias... cuanto más llamativas, numerosas, espectaculares, mejor. Es lo que tiene la adrenalina, que engancha. En una sociedad de consumo y espectáculo, donde constantemente se te presentan formas de distracción, siempre existen nuestras propuestas que pueden ser consumidas, disfrutadas y colocadas en el cajón de los recuerdos¹⁰. Recordamos con cariño a un chaval de nuestros procesos pastorales que, una vez que los dejó, nos comentaba cuánto había disfrutado de la experien-

⁸ Cf. **A. Cencini**, *No cuentan los números: construir una cultura vocacional*, Editorial Paulinas, Madrid 2012.

⁹ Cf. **J. Martín Velasco**, **D. Aleixandre** y **J. A. Pagola**, *Fijos los ojos en Jesús. En los umbrales de la fe*, PPC, Madrid 2012, pp. 38-41.

¹⁰ Cf. **B.-Ch. Han**, *En el enjambre*, Herder, Barcelona 2014, pp. 95-98.



cia de oración de Taizé, y de hacer deportes de riesgo y de vivir las noches con auténtica intensidad... y todo a la vez.

Pero una experiencia religiosa que se convierte en una experiencia más, ya no es religiosa. Si mi experiencia de Dios está a la altura de los deportes de riesgo, no es Dios. Por ello, no es solo emoción... es paz para reposar esa emoción, es compartir con otros para ponerle nombre, es discernimiento para valorar el peso que quiero que tenga en mi vida y es espacio para ir colocándola en su justo lugar. Por ello, no sólo provocamos experiencias, sino que las acompañamos... si nos dejan.

Ellos y ellas son los protagonistas. Ellos y ellas son los que deciden. En efecto, puede que, pese a la experiencia, no la quieran aceptar como lo hicimos nosotros. Por la razón que sea. Y si quieren irse, se irán. Normal. Cada uno tiene su camino, su mochila, sus decisiones. Lo fundamental entonces no es rechazarlos, romper, sino que sepan, que, quieran lo que quieran, seguiremos aquí. Y que las puertas estarán abiertas, por si deciden que volver, aunque sea porque "los jornaleros de mi padre tienen pan en abundancia" (Lc 15,17), por si un día pesa la vida y aquello que una vez se amó cobra entonces un sentido nuevo. No estamos para 'producir' cristianos, estamos para acoger, esperar, acompañar... y si tienen que ir a tierra extranjera antes de volver, tendrán que hacerlo, como Jacob, para pelearse con Dios (cf. Gn 32,23-33) y así encontrarlo.

Es nuestra labor esperar, saber tener paciencia con los límites y los procesos (EG 24). Para ello, como las jóvenes que esperan al novio (Mt 25,1-13), tener la mesa puesta, es decir, tener lugares y espacios donde pueden volver. Espacios comunitarios, porque la evangelización no es obra de personas individuales sin más, sino de personas en una familia, en una comunidad, en un espacio al que volver.

3.3. Comunidades donde vivir esa fraternidad

En efecto, frente al individualismo desintegrador actual, frente al "ministerio de la soledad", nuestra experiencia de Dios nos reúne en fraternidad, en Iglesia, en sacramento del Reino de Dios, donde puedan decir, como en tiempos de Tertuliano: 'mirad cómo se aman'.

La evangelización nace de nuestro ser Iglesia (¿podría ser de otra forma?). Ser Iglesia significa que si aceptas la fuerza de Dios en tu vida, inmediatamente surge el deseo de vivir junto a otros ese amor fraterno. Y eso no es optativo.

Cuidado, porque en este campo ha cambiado mucho el panorama. En los tiempos previos al 'cambio de época' que señala el papa Francisco, en el modelo de cristiandad, el mundo social era, a la vez, la comunidad cristiana, y ambas realidades se solapaban, aunque es probable que con serias deficiencias en muchas ocasiones. Hoy simplemente no existe ese modelo. La sociedad, apuntaba ya el Vaticano II en *Gaudium et Spes*, es plural y abraza las diversas cosmovisiones, creencias y experiencias de sus ciudadanos. Jürgen Moltmann lo explicaba con claridad hace ya treinta años, ¡en el siglo pasado!:

*"Los cristianos han aprendido a vivir en un mundo indiferente, post-cristiano y pagano. Las Iglesias descubren cómo vivir libres por sí solas, sin ataduras de privilegios políticos... se perciben nuevas oportunidades para el cristianismo en el siglo XX, de evidente formulación positiva: la fe, no ya como religión europea, sino en cuanto fe cristiana en diálogo sencillo y plural con otras religiones e ideologías. La Iglesia, como Iglesia ecuménica de Cristo y no como la religión burguesa de Europa. La teología, abierta al mundo, como testimonio del evangelio para la próxima cultura de la humanidad"*¹¹.

¹¹ J. Moltmann, ¿Qué es la teología hoy?, Sígueme, Salamanca 1992, p. 25

Por ello, es absolutamente imprescindible la existencia de comunidades vivas, reales, abiertas, donde vivir la experiencia fraterna de eclesialidad. Ellas son la fuente de la evangelización y el lugar donde se integra el que ha sido tocado por Dios, donde celebra su fe, donde se encuentra con la sabiduría milenaria de la Iglesia y aprende de ella, donde contrasta su vida, donde sigue abierto a las nuevas llamadas del mundo, que requieren corazones compasivos dispuestos responder.

Hablamos de comunidades en primera persona del singular: Comunidades de las que yo soy parte, no con las que solo 'colaboro', o 'aprendo' o 'obedezco'. Son comunidades de vida compartida, en las que integro mi vida desde el centro de Dios y donde puedo poner en acto mi seguimiento personal de Jesús, en el que reconozco al Cristo.

Por ello, la opción por la comunidad implica el abrazo. El abrazo de quien acepta que ya no es acompañante ni catequista ni referente, sino que sabe que ahora es hermano o hermana. Es el último y trascendente paso: superar la agradable sensación de ser el 'evangelizador' para ser el hermano o hermana de tu acompañado, su igual, aquel con quien compartes tus temores, tus debilidades, tu vida. Tu hermano, sin superioridad alguna. Dejar de acompañar, para que brote la fraternidad, la comunidad, la iglesia, para ser signo visible y eficaz del Reino de Dios. Al final del camino, abrazar.

4 Y al final... ¿o futuro? María abrazó a Isabel

Y de esa experiencia religiosa cristiana, del Dios de la fraternidad, libre y gozosamente aceptada, brota, de nuevo, una iglesia en salida, que unifica su vida en Dios, como María, y hace salir al encuentro del que nos necesita. De la experiencia cristiana nace la compasión.

Y ya no hay vuelta a atrás. Ya no puedo, porque no quiero, actuar "como si Dios no existiera, decidir como si los pobres no existieran, soñar como si los demás no existieran, trabajar como si quienes no recibieron el anuncio no existieran" (EG 80).

No es cuestión de vivir una moral externa, sino que, como señala el Papa, es una forma de vida. Para María no hay vuelta atrás en el Magnificat, todo ha quedado atravesado por la Gracia de Dios. Lucas no nos cuenta nada más sobre la "salida" de María. Pero sabemos que volvió a Nazaret (cf. Lc 1,56). Y que no hubo vuelta a atrás. Creemos que podemos afirmar que ese es el 'estilo' del Papa:

"La misión (...) no es una parte de mi vida, o un adorno que me puedo quitar; no es un apéndice o un momento más de la existencia. Es algo que yo no puedo arrancar de mí ser si no quiero destruirme. Yo soy una misión en esta tierra, y para eso estoy en este mundo. Hay que reconocerse a sí mismo como marcado a fuego por esa misión de iluminar, bendecir, vivificar, levantar, sanar, liberar. Allí aparece la enfermera de alma, el docente de alma, el político de alma, esos que han decidido a fondo ser con los demás y para los demás" (EG 273).

Hemos cerrado el círculo: la pastoral juvenil en salida concluye con cristianas y cristianos adultos, gozosa y libremente parte de la fraternidad eclesial, de donde 'viven en salida' a ser, a su vez, evangelizadores, a través de una vida centrada en el Dios de Jesús¹². Y se hace verdad y vida la afirmación de *Evangelii gaudium*: "todos somos discípulos misioneros" (119-121), se hace verdad y vida una 'Iglesia en salida'.

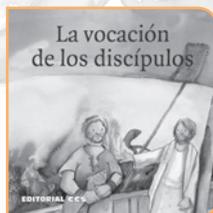
SILVIA MARTÍNEZ CANO

JOSÉ MARÍA PÉREZ-SOBA DÍEZ DEL CORRAL

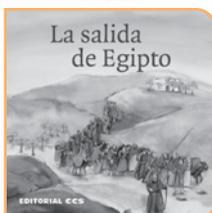
¹² R. Berzosa, *Transmitir la fe en un nuevo siglo. Retos y propuestas*, Desclee de Brouwer, Bilbao 2006, pp. 89-109.

Historias del Antiguo y del Nuevo Testamento

1,90€
unidad



Nuevas historias
para aprender
y compartir



De los mismos autores

